

Rechazo y Apatía, Parcialidad y Democracia Popular. Algunos Apuntes

Luis Thielemann Hernández¹

I.

Se puede afirmar, sin temor a errores, que lo normal en la historia de Chile es que haya una apatía generalizada hacia la política; mientras que la anomalía son aquellos breves períodos en que hay un interés de masas y un deseo activo de participar en política. Probablemente también sea así en otros países pobres, esos a los que antes que el pudor progresista y liberal tiñera de buenismo conceptos extrañamente honestos, se les llamaba subdesarrollados. Las clases populares, especialmente los sectores asalariados urbanos, participan de la política y demuestran entusiasmo, solo y cuando la política gira en torno a sus problemas. Cuando entran a la reyerta del poder y se hacen notar, la política trata sobre las clases; cuando no está, la política es sobre las ideas. Las clases, a diferencia de las ideas, no se eligen y tampoco pueden cambiarse como quien cambia de parecer sobre algún tema. Las clases y sus diferencias son ontológicamente odiosas.

II.

Una de las formas de identificar la ausencia de la razón proletaria en la política es a través de lo que habilita la hegemonía de clase media en los asuntos del Estado. La hegemonía de la clase media dominó la política desde que la democracia se hizo realidad en Chile. Desde la década de 1920 y hasta que el ingreso “a la plebeya” del proletariado a la política en la década de 1960 hizo saltar por los aires la normalidad desarrollista, el control y los contenidos de la política lo ponían los profesionales del Estado y las clases administrativas. Los grupos medios eran la base subjetiva de una democracia a la vez antioligárquica y antipopular. La Dictadura misma, al principio apoyada por las clases medias, no toleró la feroz oposición de sus antiguos aliados y terminó reconociendo la imposibilidad de hacer caer esa hegemonía. Aunque no volverían a 1970, cuando el proletariado pudo liberarse de su tutela y hacer política por su cuenta. Debía volver la normalidad de una política cortesana, ante la cual las mayorías se mostraban crecientemente apáticas. Tal vez, la condición no dicha pero evidente de la democracia post-Pinochet era que la política volviese a ser una discusión de ideas, y no el enfrentamiento civilizado entre clases que dominó el período anterior al Golpe de 1973. De ahí que desde la autorepresentación política de la clase obrera en tanto sujeto, hayamos pasado a su representación como “pobres”, como “la gente” (versión descafeinada de “pueblo”, para la presidencial que ganó Aylwin en 1990), como víctimas objeto de la política, representadas y tuteladas por las clases medias. De la hegemonía de los antiguos curas pasamos a los menos viejos académicos y expertos, y de ahí a los más actuales “liderazgos de opinión”.

¹ Doctor en Historia por la Universidad de Chile. Académico UFT. Editor de Revista Rosa.

III.

Entonces, advertimos que lo que se denomina “Crisis de la política” no es sino su forma natural, ya sea porque no es relevante para las mayorías, o bien y como parece ser en el presente, porque la política no soporta la presión clasista, no sabe procesarla, y está formateada para expulsarla. La política democrática ha sido reencauzada una y otra vez al juego cortesano entre Estado y empresa, o entre clases administrativas y clases propietarias; bajo un discurso ideológico de interés general, universal. La razón parcial proletaria no es tolerable, rompe la unidad racional entre Estado y Capital, nos invita a mirar al abismo y ridículo cortesano que es la política en sus formas miserables; y por eso termina siempre reprimida, y luego demonizada, para finalmente ser ridiculizada. Esta constante expulsión proletaria de la política, así como la breve excepcionalidad impuesta por su ingreso forzado y desconcertante ¿obedecen a transformaciones estructurales, o a definiciones individuales? Así las cosas, la capacidad de participación política de las clases populares, su disposición a la acción en pos de la disputa del poder y la imposición de sus intereses, el hacer permanentes o más extensos en el tiempo esos pequeños momentos anómalos de politización proletaria ¿Es solo un asunto que resulta de la voluntad política, de la actitud clasista, del compromiso izquierdista de los partidos y sus militantes que se la juegan con “más ganas”; o también se debe a condiciones estructurales, a determinantes legales y económicos, difíciles de producir desde abajo y de sortear a voliciones? ¿No será que la forma política que deseamos retorne, el poder político permanente de la clase trabajadora, era una forma histórica, es decir, relacional a su tiempo y sus condiciones, y no una fórmula aplicable a todo tiempo y espacio? Si logramos responder tales preguntas, podemos ir a preguntarnos por el ciclo acelerado de conflictos y elecciones de 2019 – 2021 (o más bien, en el período largo de 2006 – 2021), si fue un tiempo en que se pudo observar visos de protagonismo popular a través de la lucha social ¿fue un protagonismo exclusivo y dirigente, o compartido con otros grupos sociales y hasta subordinado a los mismos?

IV.

No es posible responder sino esquemáticamente las precedentes preguntas. Y desde aquí es posible seguir en una agudización de la hipótesis planteada al comienzo. Hay momentos en que los pasajes a la política están abiertos y aceitados para la ofensiva popular, y otros tiempos en que simplemente no existen dichos caminos. Así, la politización de la clase trabajadora, su ingreso masivo a la definición de las correlaciones centrales de fuerza, y con cabeza política propia bajo identidad clasista (aunque no luzca roja o revolucionaria), sólo es posible cuando se han construido los medios para ello. El pasaje se conquista y se mantiene, a través de instituciones legales, derecho a sufragio y a protesta, sindicatos o asociaciones barriales, partidos de identidad proletaria, y toda una infraestructura permanente que permite los saltos a la ofensiva. Cuando se carece de dichos elementos, el interés por la política de las clases populares es canalizado al voto y luego disuelto en la representación y la administración. La participación política de trabajadores y grupos sociales proletarios a través de medios, de pasajes, pertenecientes a otras clases; suele terminar en su desilusión política, en fascistización o en abandono de la política parlamentaria. La política proletaria, así también, es una rareza histórica.



V.

Entonces, la política obrera se ha basado históricamente en el interés obrero en aquello que hace el Gobierno. Acude a la política en tanto la clase obrera era objeto de las acciones de las demás clases, y también del Gobierno y lógicamente de lo que entonces se llamaba “la economía” y ahora “los mercados”. A pesar de los deseos -y las leyendas actuales- que se cuenta la izquierda y el progresismo sobre esta actividad política, lo cierto es que el proletariado la realizaba por interés directo. Cuando hablaba de política, lo hacía “hablando en plata”. El interés de clase domina la política obrera, y la superchería republicana o del deber social y ciudadano tenía menos poder -aunque no dejaba de tenerlo- en convocar a las familias trabajadoras a sumarse a la lucha por el poder. Ni siquiera en Chile, hubo entusiasmos duraderos por el lloriqueo antipopulista en pos de las instituciones, y a la vez, el nacionalismo acaudillado que convocaba el populismo era abandonados a la primera traición, junto con su caudillo de turno. Ha sido siempre un interés parcial por la política, es decir, de parte. No universal, tal y como las clases propietarias participan de la política. Su interés de parte por la democracia, ha estado lejos de defender sus ideales y más cerca de atrincherarse en sus garantías.

VI.

Si existía un interés específico por la participación política, y no solo un ideal vaciado de necesidades; entonces la despolitización, el desinterés, es también específico. Y, como sabemos, agenciado. Es desinterés, o es participación enajenada de clasismo, es decir, como votante individual y no como parte de una agregación colectiva irreductible. Los ricos siguen votando como clase, la clase media también construye bolsones de identidad, pero a las masas les siguen ofreciendo un mercado de ideas, y no una identidad y comunidad de intereses a defender o proyectar. Y por supuesto, nadie reconstruye los viejos pasajes populares a la política, o piensa en nuevos y eficientes modos de democracia real. Mantener ese desinterés, esa desafección estructural (insisto en que no es de ideas o pasiones, sino que realmente hoy y en la mayoría de los casos, no le sirve, en tanto clase, en tanto especificidad, a las clases populares el voto) ha sido garantía de la Transición. También de su larga supervivencia lentamente agonizante.

VII.

El Rechazo fue ese desinterés reaccionando, usando el voto para evitar ser un experimento. El miedo como sabio consejero ante la aventura peligrosa y de banderas ajenas. El Apruebo, donde le fue bien y gracias a la militancia y los activistas, también se sentía ajeno, y existió un claro divorcio en cómo valoraban la propuesta de Nueva Constitución Política (NCP) desde los partidos -con desilusión y como un fracaso apenas oculto, con llamados a acuerdos para “repararla”- y cómo la promovían las bases militantes entre las clases populares. Si al Apruebo le fue mejor allí donde había activismo y conflicto, es porque apuntaron a lo que ofrecía la NCP para esas bases, concretas, y a pesar del discurso lleno advertencias institucionalistas -siempre en el centro de la razón mesocrática- desde el Gobierno, a pesar del espectáculo poco serio de la Convención. Así las cosas, el activismo de base logró producir política para la comunidad social en que se insertaban, y lo hizo mejor que nadie. Produjo una oferta de pasajes a la política obrera con cabeza propia. Y los hizo creíbles para la mitad de la gente en algunos lugares, toda una proeza dadas las condiciones y los límites epocales. El gobierno, los partidos, los convencionales, y todo el arco de organizaciones de clases que permanentemente están dentro de la política (profesionales, propietarias, entre otras), no tuvo cómo ser creíble. No sabe hacer otra cosa que ofrecer ideas, en este caso poco creíbles finalmente, a un pueblo objeto que las vota, pero no medios para un sujeto que practique la democracia.

VIII.

Y es que la clase media progresista, hoy en el Gobierno, prefirió la seguridad de su tutela incluso en la derrota política, antes que la aventura de iniciar el camino de construir las bases de un poder autónomo de clases populares. No quiso ni quiere elaborar pasajes para la democracia popular. Debería saber que si las clases populares han dependido de las clases medias para iniciar y fortalecer su eficaz politización; también que esas clases medias no son nada sin la alianza política con las clases populares. La alianza nacional-popular del siglo XX no era una buena -o mala- idea, sino una obligación impuesta por las condiciones de lucha frente a la oligarquía. Y esa oligarquía no ha dejado de vencer.